

Tirso de Molina

**El burlador de Sevilla y el
convidado de piedra**

Colección Averroes

Colección Averroes
Consejería de Educación y Ciencia
Junta de Andalucía

ÍNDICE

JORNADA PRIMERA.....	6
JORNADA SEGUNDA.....	44
JORNADA TERCERA	77

PERSONAJES

D. DIEGO TENORIO, viejo

D. JUAN. TENORIO, su hijo

CATALINÓN, lacayo

EL REY DE NÁPOLES

EL DUQUE OCTAVIO

D. PEDRO TENORIO

EL MARQUÉS DE LA MOTA

D. GONZALO DE ULLOA

EL REY DE CASTILLA

[DOÑA ANA DE ULLOA]

FABIO, criado

ISABELA, duquesa

TISBEA, pescadora

BELISA, villana

ANFRISO, pescador

CORIDÓN, Pescador

GASENO, labrador

BATRICIO, labrador

RIPIO, criado

[AMINTA, villana]

[Otras acompañantes, guardas, músicos, enlutados, criados,
etc.]

JORNADA PRIMERA

Salen D. JUAN. TENORIO Y ISABELA, duquesa

- ISABELA. Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.
- D. JUAN. Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.
- ISABELA. ¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,
regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?
- D. JUAN. Sí, mi bien.
- ISABELA. Quiero sacar
una luz.
- D. JUAN. Pues, ¿para qué?
- ISABELA. Para que el alma dé fe
del bien que llego a gozar.
- D. JUAN. Mataréte la luz yo.
- ISABELA. ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?
- D. JUAN. ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.
- ISABELA. ¿Que no eres el duque?
- D. JUAN. No.
- ISABELA. ¡Ah de palacio!

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. Deténate;
dame, duquesa, la mano.

ISABELA. No me detengas, villano.
¡Ah, del rey! ¡Soldados, gente!

Sale EL REY DE NÁPOLES con una vela en un candelero

REY. ¿Qué es esto?

ISABELA. ¡El rey! ¡Ay triste!

REY. ¿Quién eres?

D. JUAN. ¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.

REY. Esto en prudencia consiste.
¡Ah, de mi guarda! Prendé
a este hombre.

ISABELA. ¡Ay, perdido honor!

Sale D. PEDRO TENORIO, embajador de España, y GUARDA

D. PEDRO. ¡En tu cuarto, gran señor,
voces! ¿Quién la causa fue?

REY. Don Pedro Tenorio, a vos
esta prisión os encargo.
Siendo corto, andad vos largo:
mirad quién son estos dos.
Y con secreto ha de ser,
que algún mal suceso creo,
porque si yo aquí lo veo
no me queda más que ver. (*Vase.*)

D. PEDRO. ¡Prendelde!

Pero en aquesta ocasión
nos daña la dilación;
mira qué quieres hacer.

D. JUAN. No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra;
sacalda, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
y ésta es mi espada, señor.

D. PEDRO. Álzate y muestra valor,
que esa humildad me ha vencido.
¿Atreveráste a bajar
por ese balcón?

D. JUAN. Sí atrevo,
que alas en tu favor llevo.

D. PEDRO. Pues yo te quiero ayudar.
Vete a Sicilia o Milán,
donde vivas encubierto.

D. JUAN. Luego me iré.

D. PEDRO. ¿Cierto?

D. JUAN. Cierto.

D. PEDRO. Mis cartas te avisarán
en qué para este suceso
triste, que causado has.

D. JUAN. *[Ap.]*
(Para mí alegre, dirás.)
Que tuve culpa, confieso.

D. PEDRO. Esa mocedad te engaña.
Baja, pues, ese balcón.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. *[Ap.]*
 (Con tan justa pretensión
 gozoso me parto a España.)

Vase D. JUAN. y entra EL REY

D. PEDRO. Ejecutando, señor,
 lo que mandó vuestra alteza,
 el hombre...

REY. ¿Murió?

D. PEDRO. Escapóse
 de las cuchillas soberbias.

REY. ¿De qué forma?

D. PEDRO. Desta forma:
 aun no lo mandaste apenas,
 cuando sin dar más disculpa,
 la espada en la mano aprieta,
 revuelve la capa al brazo,
 y con gallarda presteza,
 ofendiendo a los soldados
 y buscando su defensa,
 viendo vecina la muerte,
 por el balcón de la huerta
 se arroja desesperado.
 Siguióle con diligencia
 tu gente; cuando salieron
 por esa vecina puerta
 le hallaron agonizando
 como enroscada culebra.
 Levantóse, y al decir
 los soldados: «¡Muera, muera!»,
 bañado de sangre el rostro,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

¿qué rigor, qué airada estrella
te incitó, que en mi palacio,
con hermosura y soberbia,
profanases sus umbrales?

ISABELA. Señor...

REY. Calla, que la lengua
no podrá dorar el yerro
que has cometido en mi ofensa.
¿Aquél era el duque Octavio?

ISABELA. Señor...

REY. No importan fuerzas,
guardas, criados, murallas,
fortalecidas almenas
para amor, que la de un niño
hasta los muros penetra.
Don Pedro Tenorio, al punto
a esa mujer llevad presa
a una torre, y con secreto
haced que al duque le prendan,
que quiero hacer que le cumpla
la palabra o la promesa.

ISABELA. Gran señor, volvedme el rostro.

REY. Ofensa a mi espalda hecha,
es justicia y es razón
castigalla a espaldas vueltas. (*Vase EL REY.*)

D. PEDRO. Vamos, duquesa.

ISABELA. Mi culpa
no hay disculpa que la venza,
mas no será el yerro tanto
si el duque Octavio lo enmienda.

Vanse, y sale EL DUQUE OCTAVIO y RIPIO, su criado

RIPIO. ¿Tan de mañana, señor,
te levantas?

OCTAVIO. No hay sosiego
que pueda apagar el fuego
que enciende en mi alma amor.
Porque, como al fin es niño,
no apetece cama blanda,
entre regalada holanda,
cubierta de blanco armiño.
Acuéstase, no sosiega,
siempre quiere madrugar
por levantarse a jugar,
que al fin como niño juega.
Pensamientos de Isabela
me tienen, amigo, en calma,
que como vive en el alma
anda el cuerpo siempre en vela,
guardando ausente y presente
el castillo del honor.

RIPIO. Perdóname, que tu amor
es amor impertinente.

OCTAVIO. ¿Qué dices necio?

RIPIO. Esto digo:
impertinencia es amar
como amas. ¿Quiés escuchar?

OCTAVIO. Ea, prosigue.

RIPIO. Ya prosigo.
¿Quiérete Isabela a ti?

OCTAVIO. ¿Eso, necio, has de dudar?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- RIPIO. No, mas quiero preguntar:
¿y tú, no la quieres?
- OCTAVIO. Sí
- RIPIO. Pues, ¿no seré majadero,
y de solar conocido,
si pierdo yo mi sentido
por quien me quiere y la quiero?
Si ella a ti no te quisiera,
fuera bien el porfialla,
regalalla y adoralla,
y aguardar que se rindiera;
mas si los dos os queréis
con una mesma igualdad,
dime, ¿hay más dificultad
de que luego os deposéis?
- OCTAVIO. Eso fuera, necio, a ser
de lacayo o lavandera
la boda.
- RIPIO. Pues ¿es quienquiera
una lavandríz mujer,
lavando y fregatrizando,
defendiendo y ofendiendo,
los paños suyos tendiendo,
regalando y remendando?
Dando dije, porque al dar
no hay cosa que se le iguale;
y si no, a Isabela dale,
a ver si sabe tomar.

Sale un CRIADO

- CRIADO. El embajador de España
en este punto se apea
en el zaguán, y desea,
con ira y fiereza estraña,
hablarte, y si no entendí
yo mal, entiendo es prisión.
- OCTAVIO. ¿Prisión? Pues, ¿por qué ocasión?
Decid que entre.

Entra D. PEDRO TENORIO con guardas

- D. PEDRO. Quien así
con tanto descuido duerme
limpia tiene la conciencia.
- OCTAVIO. Cuando viene vuexcelencia
a honrarme y favorecerme,
no es justo que duerma yo;
velaré toda mi vida.
¿A qué y por qué es la venida?
- D. PEDRO. Porque aquí el rey me envió.
- OCTAVIO. Si el rey, mi señor, se acuerda
de mí en aquesta ocasión,
será justicia y razón
que por él la vida pierda.
Decidme, señor, ¿qué dicha
o qué estrella me ha guiado,
que de mí el rey se ha acordado?
- D. PEDRO. Fue, duque, vuestra desdicha.
Embajador del rey soy;
dél os traigo una embajada.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- OCTAVIO. Marqués, no me inquieta nada;
decid, que aguardando estoy.
- D. PEDRO. A prenderos me ha enviado
el rey; no os alborotéis.
- OCTAVIO. ¡Vos por el rey me prendéis!
Pues, ¿en qué he sido culpado?
- D. PEDRO. Mejor lo sabéis que yo;
mas, por si acaso me engaño,
escuchad el desengaño
y a lo que el rey me envió.
Cuando los negros gigantes,
plegando funestos toldos,
ya del crepúsculo huyen
tropezando unos con otros,
estando yo con su alteza
tratando ciertos negocios
-porque antípodas del sol
son siempre los poderosos-,
voces de mujer oímos,
cuyos ecos, menos roncros,
por los artesones sacros,
nos repitieron «¡Socorro!».
A las voces y al ruido
acudió, duque, el rey propio;
halló a Isabela en los brazos
de algún hombre poderoso;
mas quien al cielo se atreve,
sin duda es gigante o monstruo.
Mandó el rey que los prendiera;
quedé con el hombre solo,
llegué y quise desarmalle;
pero pienso que el demonio
en él tomó forma humana,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

y por la oreja escuchó
lo que acreditan los ojos.
Señor marqués, ¿es posible
que Isabela me ha engañado,
y que mi amor ha burlado?
¡Parece cosa imposible!
¡Oh, mujer! ¡Ley tan terrible
de honor, a quien me provoco
a emprender! Mas ya no toco
en tu honor esta cautela.
¿Anoche con Isabela
hombre en palacio?... ¡Estoy loco!

D. PEDRO. Como es verdad que en los vientos
hay aves, en el mar peces,
que participan a veces
de todos cuatro elementos,
como en la gloria hay contentos,
lealtad en el buen amigo,
traición en el enemigo,
en la noche escuridad
y en el día claridad,
así es verdad lo que digo.

OCTAVIO. Marqués, yo os quiero creer.
No hay cosa que me espante,
que la mujer más constante
es, en efeto, mujer.
No me queda más que ver
pues es patente mi agravio.

D. PEDRO. Pues que sois prudente y sabio
elegid el mejor medio.

OCTAVIO. Ausentarme es mi remedio.

D. PEDRO. Pues sea presto, duque Octavio.

Tirso de Molina

- OCTAVIO. Embarcarme quiero a España
y darle a mis males fin.
- D. PEDRO. Por la puerta del jardín,
duque, esta prisión se engaña.
- OCTAVIO. ¡Ah, veleta! ¡Débil caña!
A más furor me provocho
y extrañas provincias toco
huyendo desta cautela.
¡Patria, adiós! ¿Con Isabela
hombre en palacio?... ¡Estoy loco!

*Vanse, y sale TISBEA, pescadora, con una caña de pescar en
la mano*

- TISBEA. Yo, de cuantas el mar,
pies de jazmín y rosa,
en sus riberas besa
con fugitivas olas,
sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus prisiones locas,
aquí donde el sol pisa
soñolientas las ondas,
alegando zafiros
las que espantaba sombras.
Por la menuda arena,
unas veces aljófara
y átomos otras veces
del sol que así le dora,
oyendo de las aves
las quejas amorosas,
y los combates dulces

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

del agua entre las rocas,
ya con la sutil caña
que el débil peso dobla
del necio pececillo
que el mar salado azota,
o ya con la atarraya
que en sus moradas hondas
prende cuantos habitan
aposentos de conchas,
seguramente tengo
que en libertad se goza
el alma que amor áspid
no le ofende ponzoña.
En pequeñuelo esquife
ya en compañía de otras
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa,
y cuando más perdidas
querellas de amor forman,
como de todos río,
envidia soy de todas.
¡Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas,
si ya, por ser humilde,
no desprecias mi choza!
Obeliscos de paja
mi edificio coronan,
nidos, si no a cigüeñas,
a tortolillas locas.
Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona

de piratas defienden
en la argentada costa,
desprecio soy, encanto
a sus suspiros sorda,
a sus ruegos terrible,
a sus promesas roca.
Anfriso a quien el cielo
con mano poderosa,
prodigio en cuerpo y alma,
dotó de gracias todas,
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdenes,
modesto en las congojas,
mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
a pesar de los tiempos
las mañanas remoza;
pues con los ramos verdes
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas.
Ya con vigüelas dulces
y sutiles zamponas
músicas me consagra,
y todo no le importa,
porque en tirano imperio
vivo, de amor señora,
que halla gusto en sus penas
y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
y yo todas las horas
le mato con desdenes:
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

despreciar donde adoran,
que si le alegran muere,
y vive si le oprobian.
En tan alegre día
segura de lisonjas,
mis juveniles años
amor no los malogra,
que en edad tan florida,
amor, no es suerte poca
no ver entre estas redes
las tuyas amorosas.
Pero, necio discurso
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y a la boca
del pececillo el cebo.
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene
y en un escollo aborda;
como hermoso pavón,
hace las velas cola,
adonde los pilotos
todos los ojos pongan.
Las olas va escarbando,
y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece.
Agua un costado toma.
Hundióse y dejó al viento
la gavia, que la escoja
para morada suya,
que un loco en gaviás mora.

(*Dentro: ¡Que me ahogo!*)

Un hombre a otro aguarda
que dice que se ahoga.
¡Gallarda cortesía!
En los hombros le toma.
Anquises le hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya, nadando, las aguas
con valentía corta,
y en la playa no veo
quien le ampare y socorra.
Daré voces: «¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo, hola!»
Pescadores me miran,
plega a Dios que me oigan.
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman,
sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

Saca en brazos CATALINÓN a D. JUAN., mojados

CATALINÓN. ¡Válgame la Cananea,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino
donde la muerte se fragua,
¿donde Dios juntó tanta agua,
no juntara tanto vino?
Agua salda, extremada
cosa para quien no pesca.
Si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?

Tirso de Molina

CATALINÓN. ¿Por dónde? ¿Por aquí?

TISBEA. Sí;
pues, ¿por dónde?

CATALINÓN. Bien podía
respirar por otra parte.

TISBEA. Necio estás.

CATALINÓN. Quiero besarte
las manos de nieve fría.

TISBEA. Ve a llamar los pescadores
que en aquella choza están.

CATALINÓN. Y si los llamo, ¿vernán?

TISBEA. Ventrán presto. No lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALINÓN. Es hijo aqueste señor
del camarero mayor
del rey, por quien ser espero
antes de seis días conde
en Sevilla, donde va,
y adonde su alteza está,
si a mi amistad corresponde.

TISBEA. ¿Cómo se llama?

CATALINÓN. Don Juan
Tenorio.

TISBEA. Llama mi gente.

CATALINÓN. Ya voy. (*Vase.*)

Coge en el regazo TISBEA a D. JUAN.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- TISBEA. Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.
- D. JUAN. ¿Dónde estoy?
- TISBEA. Ya podéis ver;
en brazos de una mujer.
- D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dio con mi nave al través,
para arrojarme a esos pies
que abrigo y puerto me dan.
Y en vuestro divino oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.
- TISBEA. Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento
y tras de tanto tormento
mucho tormento ofrecéis.
Pero si es tormento el mar
y son sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles
pienso que os hacen hablar.
Sin duda que habéis bebido
del mar la oración pasada,
pues por ser de agua salada
con tan grande sal ha sido.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís

mucho al parecer sentís;
¡plega a Dios que no mintáis!
Parecís caballo griego
que el mar a mis pies desagua
pues venís formado de agua
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plega a Dios que no mintáis!

D. JUAN. A Dios, zagala, pluguiera
que en el agua me anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata,
mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostráis,
pues que el sol os da licencia,
pues sólo con la apariencia,
siendo de nieve, abrasáis.

TISBEA. Por más helado que estáis,
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡Plega a Dios que no mintáis!

Salen CATALINÓN CORIDÓN y ANFRISO, pescadores

CATALINÓN. Ya vienen todos aquí.

TISBEA. Y ya está tu dueño vivo.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Con tu presencia recibo
el aliento que perdí.
- CORIDÓN. ¿Qué nos mandas?
- TISBEA. Coridón,
Anfriso, amigos...
- CORIDÓN. Todos
buscamos por varios modos
esta dichosa ocasión.
Di qué nos mandas, Tisbea
que por labios de clavel
no lo habrás mandado a aquel
que idolatrarte desea,
apenas, cuando al momento,
sin cesar, en llano o sierra,
surque el mar, tale la tierra,
pise el fuego, y pare el viento.
- TISBEA. *Ap.*
(¡Oh, qué mal me parecían
estas lisonjas ayer,
y hoy echo en ellas de ver
que sus labios no mentían!)
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, vi
hundirse una nave allí,
y entre las olas nadando
dos hombres; y compasiva,
di voces, y nadie oyó;
y en tanta aflicción, llegó
libre de la furia esquiva
del mar, sin vida a la arena,
deste en los hombros cargado,
un hidalgo y anegado,

- y envuelta en tan triste pena
a llamaros envié,
- ANFRISO. Pues aquí todos estamos,
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fue.
- TISBEA. Que a mi choza los llevemos
quiero, donde, agradecidos,
reparemos sus vestidos,
y a ellos los regalaremos;
que mi padre gusta mucho
desta debida piedad.
- CATALINÓN. ¡Extremada es su beldad!
- D. JUAN. Escucha aparte.
- CATALINÓN. Ya escucho
- D. JUAN. Si te pregunta quién soy,
di que no sabes.
- CATALINÓN. ¡A mí!...
¿Quieres advertirme a mí
lo que he de hacer?
- D. JUAN. Muerto voy
por la hermosa pescadora;
esta noche he de gozalla.
- CATALINÓN. ¿De qué suerte?
- D. JUAN. Ven y calla.
- CORIDÓN. Anfriso, dentro de un hora
los pescadores prevén
que canten y bailen.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- ANFRISO. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas, y palos también.
- D. JUAN. Muerto soy.
- TISBEA. ¿Cómo, si andáis?
- D. JUAN. Ando en pena, como veis.
- TISBEA. Mucho habláis.
- D. JUAN. Mucho entendéis.
- TISBEA. ¡Plega a Dios que no mintáis! (*Vanse.*)

*Sale D. GONZALO DE ULLOA, y EL REY D. ALONSO DE
CASTILLA*

- REY. ¿Cómo os ha sucedido en la embajada,
Comendador mayor?
- D. GONZALO. Hallé en Lisboa
al rey don Juan, tu primo, previniendo
treinta naves de armada.
- REY. ¿Y para dónde?
- D. GONZALO. Para Goa me dijo, mas yo entiendo
que a otra empresa más fácil apercibe.
A Ceuta o Tánger pienso que pretende
cercar este verano.
- REY. Dios le ayude,
y premie el celo de aumentar su gloria.
¿Qué es lo que concertasteis?
- D. GONZALO. Señor, pide
a Cerpa y Mora, y Olivencia y Toro;
y por eso te vuelve a Villaverde,

al Almendral, a Mértola y Herrera
entre Castilla y Portugal.

REY. Al punto
se firmen los conciertos, don Gonzalo.
Mas decidme primero cómo ha ido
en el camino, que vendréis cansado
y alcanzado también.

D. GONZALO. Para serviros,
nunca, señor, me canso.

REY. ¿Es buena tierra
Lisboa?

D. GONZALO. La mayor ciudad de España;
y si mandas que diga lo que he visto
de lo exterior y célebre, en un punto
en tu presencia te pondré un retrato.

REY. Gustaré de oílo. Dadme silla.

D. GONZALO. Es Lisboa una otava maravilla.
De las entrañas de España,
que son las tierras de Cuenca,
nace el caudaloso Tajo,
que media España atraviesa.
Entra en el mar Oceano,
en las sagradas riberas
de esta ciudad, por la parte
del sur, mas antes que pierda
su curso y su claro nombre
hace un cuarto entre dos sierras,
donde están de todo el orbe
barcas, naves, carabelas.
Hay galeras y saetías
tantas, que desde la tierra
parece una gran ciudad

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

adonde Neptuno reina.
A la parte del poniente
guardan del puerto dos fuerzas
de Cascaes y San Gian,
las más fuertes de la tierra.
Está, desta gran ciudad,
poco más de media legua
Belén, convento del santo
conocido por la piedra
y por el león de guarda,
donde los reyes y reinas
católicos y cristianos
tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne,
desde Alcántara comienza
una gran legua a tenderse
al convento de Jabregas.
En medio está el valle hermoso
coronado de tres cuestas,
que quedara corto Apeles
cuando pintarlas quisiera,
porque, miradas de lejos,
parecen piñas de perlas
que están pendientes del cielo,
en cuya grandeza inmensa
se ven diez Romas cifradas
en conventos y en iglesias,
en edificios y calles,
en solares y encomiendas,
en las letras y en las armas,
en la justicia tan recta,
y en una *Misericordia*
que está honrando su ribera,
y pudiera honrar a España
y aun enseñar a tenerla.

Y en lo que yo más alabo
desta máquina soberbia,
es que del mismo castillo
en distancia de seis leguas,
se ven sesenta lugares
que llega el mar a sus puertas,
uno de los cuales es
el convento de Olivelas,
en el cual vi por mis ojos
seiscientas y treinta celdas,
y entre monjas y beatas
pasan de mil y docientas.
Tiene desde allí a Lisboa,
en distancia muy pequeña,
mil y ciento y treinta quintas,
que en nuestra provincia Bética
llaman cortijos, y todas
con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
hay una plaza soberbia
que se llama del *Rucío*,
grande, hermosa y bien dispuesta,
que habrá cien años y aun más
que el mar bañaba su arena,
y ahora della a la mar
hay treinta mil casas hechas;
que, perdiendo el mar su curso,
se tendió a partes diversas.
Tiene una calle que llaman
rua Nova o calle Nueva,
donde se cifra el Oriente
en grandezas y riquezas;
tanto, que el rey me contó
que hay un mercader en ella
que, por no poder contarle,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

mide el dinero a fanegas.
El terrero, donde tiene
Portugal su casa regia,
tiene infinitos navíos,
varados siempre en la tierra,
de sólo cebada y trigo
de Francia y Ingalaterra.
Pues el palacio real,
que el Tajo sus manos besa,
es edificio de Ulises,
que basta para grandeza,
de quien toma la ciudad
nombre en la latina lengua,
llamándose Ulisibona,
cuyas armas son la esfera,
por pedestal de las llagas
que en la batalla sangrienta
al rey don Alfonso Enríquez
dio la Majestad Inmensa.
Tiene en su gran tarazana
diversas naves, y entre ellas,
las naves de la conquista,
tan grandes, que de la tierra
miradas, juzgan los hombres
que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
te cuento por excelencia
es, que estando sus vecinos
comiendo, desde las mesas
ven los copos del pescado
que junto a sus puertas pescan,
que, bullendo entre las redes,
vienen a entrarse por ellas;
y sobre todo, el llegar
cada tarde a su ribera

más de mil barcos cargados
de mercancías diversas,
y de sustento ordinario:
pan, aceite, vino y leña,
frutas de infinita suerte,
nieve de Sierra de Estrella,
que por las calles a gritos,
puesta sobre las cabezas,
la venden. Mas, ¿qué me canso?
porque es contar las estrellas
querer contar una parte
de la ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
tiene, gran señor, por cuenta;
y por no cansarte más,
un rey que tus manos besa.

REY. Más estimo, don Gonzalo,
escuchar de vuestra lengua
esa relación sucinta,
que haber visto su grandeza.
¿Tenéis hijos?

D. GONZALO. Gran señor,
una hija hermosa y bella,
en cuyo rostro divino
se esmeró naturaleza.

REY. Pues yo os la quiero casar
de mi mano.

D. GONZALO. Como sea
tu gusto, digo, señor,
que yo lo aceto por ella.
Pero, ¿quién es el esposo?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

REY. Aunque no está en esta tierra,
es de Sevilla, y se llama
don Juan Tenorio.

[D. GONZALO.] Las nuevas
voy a llevar a doña Ana.

.....

REY. Id en buen hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta.

Vanse y sale D. JUAN. TENORIO, y CATALINÓN

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén,
pues acomodadas son.

CATALINÓN. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí,
«Catalinón es el hombre»;
que sabes que aquese nombre
me asienta al revés a mí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta;
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fío.

CATALINÓN. Al fin, ¿pretendes gozar
a Tisbea?

D. JUAN. Si burlar
es hábito antiguo mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

Tirso de Molina

CATALINÓN. Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

D. JUAN. Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALINÓN. ¡Buen pago
a su hospedaje deseas!

D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

CATALINÓN. Los que fingís y engañáis
las mujeres desa suerte
lo pagaréis con la muerte.

D. JUAN. ¡Qué largo me lo fiáis!
Catalinón con razón
te llaman.

CATALINÓN. Tus pareceres
sigue, que en burlar mujeres
quiero ser Catalinón.
Ya viene la desdichada.

D. JUAN. Vete, y las yeguas prevén.

CATALINÓN. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.

Vase CATALINÓN y sale TISBEA

TISBEA. El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN. Por lo que finges así,
ningún crédito te doy.

TISBEA. ¿Por qué?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

ANFRISO. ¡Tisbea, Usindra, Atandria!
No vi cosa mas cruel.
¡Triste y mísero de aquel
que en su fuego es salamandria!
Antes que el baile empecemos
a Tisbea prevengamos.

BELISA. Vamos a llamarla.

CORIDÓN. Vamos.

BELISA. A su cabaña lleguemos.

CORIDÓN. ¿No ves que estará ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos?

ANFRISO. Siempre es Tisbea envidiada.

BELISA. Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.

ANFRISO. ¿Cómo podrá descansar
cuidado que celos tiene?

*(Cantan): A pescar salió la niña
 tendiendo redes;
 y, en lugar de peces,
 las almas prende. (Sale TISBEA.)*

TISBEA. ¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa!
Repicad a fuego, amigos;
que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
hecho otra Troya en las llamas;
que después que faltan Troyas
quiere amor quemar cabañas.
Mas si amor abrasa peñas
con gran ira y fuerza extraña,

mal podrán de su rigor
reservarse humildes pajas.
¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Ay, choza, vil instrumento
de mi deshonra y mi infamia!
¡Cueva de ladrones fiera
que mis agravios ampara!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan,
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.
¡Ah, falso huésped, que dejas
una mujer deshonrada!
Nube que del mar salió
para anegar mis entrañas.
¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
Yo soy la que hacía siempre
de los hombres burla tanta,
que siempre las que hacen burla
vienen a quedar burladas.
Engañóme el caballero
debajo de fe y palabra
de marido y profanó
mi honestidad y mi cama.
Gozórne al fin, y yo propia
le dí a su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burló y se escapa.
Seguilde todos, seguilde.
Mas no importa que se vaya,
que en la presencia del rey
tengo de pedir venganza.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

(Vase TISBEA.)

CORIDÓN. Seguid al vil caballero.
ANFRISO. ¡Triste del que pena y calla!
Mas, ¡vive el cielo, que en él
me he de vengar desta ingrata!
Vamos tras ella nosotros,
porque va desesperada,
y podrá ser que ella vaya
buscando mayor desgracia.
CORIDÓN. Tal fin la soberbia tiene.
¡Su locura y confianza
paró en esto!

(Dice TISBEA dentro: ¡Fuego, fuego!)

ANFRISO. Al mar se arroja.
CORIDÓN. Tisbea, detente y para.
TISBEA. ¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

REY. Mi enojo vea
en el destierro de Sevilla; salga
a Lebrija esta noche, y agradezca
sólo al merecimiento de su padre...
Pero, decid, don Diego, ¿qué diremos
a Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
Caséle con su hija y no sé cómo
lo puedo ahora remediar.

D. DIEGO. Pues mira,
gran señor, qué mandas que yo haga
que esté bien al honor de esta señora,
hija de un padre tal.

REY. Un medio tomo
con que absolvello del enojo entiendo:
Mayordomo mayor pretendo hacelle.

Sale UN CRIADO

CRIADO. Un caballero llega de camino,
y dice, señor, que es el duque Octavio.

REY. ¿El duque Octavio?

CRIADO. Sí, señor.

REY. Sin duda
que supo de don Juan el desatino
y que viene, incitado a la venganza,
a pedir que le otorgue desafío.

D. DIEGO. Gran señor, en tus heroicas manos
está mi vida, que mi vida propia
es la vida de un hijo inobediente,
que, aunque mozo, gallardo y valeroso,
y le llaman los mozos de su tiempo

el Héctor de Sevilla, porque ha hecho tantas y tan extrañas mocedades, la razón puede mucho. No permitas el desafío, si es posible. Basta.

REY. Ya os entiendo, Tenorio, honor de padre. Entre el duque.

D. DIEGO. Señor, dame esas plantas.
¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

Sale EL DUQUE OCTAVIO, de camino

OCTAVIO. A esos pies gran señor, un peregrino, mísero y desterrado, ofrece el labio, juzgando por más fácil el camino en vuestra gran presencia.

REY. Duque Octavio...

OCTAVIO. Huyendo vengo el fiero desatino de una mujer, el no pensado agravio de un caballero que la causa ha sido de que así a vuestros pies haya venido.

REY. Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia. Yo al rey escribiré que os restituya en vuestro estado, puesto que el ausencia que hicisteis algún daño os atribuya. Yo os casare en Sevilla con licencia y también con perdón y gracia suya; que puesto que Isabela un ángel sea, mirando la que os doy, ha de ser fea. Comendador mayor de Calatrava es Gonzalo de Ulloa, un caballero a quien el moro por temor alaba, que siempre es el cobarde lisonjero.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

Éste tiene una hija en quien bastaba
en dote la virtud, que considero,
después de la beldad, que es maravilla,
y es sol de las estrellas de Sevilla.
Ésta quiero que sea vuestra esposa.

OCTAVIO. Cuando yo este viaje le emprendiera
a sólo eso, mi suerte era dichosa,
sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY. Hospedaréis al duque, sin que cosa
en su regalo falte.

OCTAVIO. Quien espera
en vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

Vase EL REY y D. DIEGO, y sale RIPIO

RIPIO ¿Qué ha sucedido?

OCTAVIO. Que he dado
el trabajo recibido,
desde hoy por bien empleado.
Hablé al rey, viome y honróme.
César con el César fui,
pues vi, peleé y vencí;
y hace que esposa tome
de su mano, y se prefiere
a desenojar al rey
en la fulminada ley.

RIPIO. Con razón el nombre adquiere
de generoso en Castilla.
Al fin, ¿te llegó a ofrecer
mujer?

Tirso de Molina

CATALINÓN. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón,
vuarcedes continuamente
me hallarán para servillos.

RIPIO. ¿Y dónde?

CATALINÓN. En los Pajarillos,
tabernáculo excelente.

Vase OCTAVIO y RIPIO, y sale EL MARQUÉS DE LA MOTA

MOTA. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

D. JUAN. ¡Por Dios,
amigo, que me debéis
esa merced que me hacéis!

CATALINÓN. Como no le entreguéis vos
moza o cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél;
que en cuanto en esto es cruel,
tiene condición hidalga.

D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?

MOTA. Está ya
toda esta corte mudada.

D. JUAN. ¿Mujeres?

MOTA. Cosa juzgada.

D. JUAN. ¿Inés?

MOTA. A Vejel se va.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.
- MOTA. El tiempo la desterró
a Vejel.
- D. JUAN. Irá a morir.
¿Costanza?
- MOTA. Es lástima vella
lampiña de frente y ceja.
Llámale el portugués, vieja,
y ella imagina que bella.
- D. JUAN. Sí, que velha en portugués
suena vieja en castellano.
¿Y Teodora?
- MOTA. Este verano
se escapó del mal francés
por un río de sudores;
y está tan tierna y reciente,
que anteayer me arrojó un diente
envuelto entre muchas flores.
- D. JUAN. ¿Julia, la del Candilejo?
- MOTA. Ya con sus afeites lucha.
- D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?
- MOTA. Ya se da por abadejo.
- D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?
- MOTA. Ranas las más dellas son.
- D. JUAN. ¿Y viven las dos hermanas?

Tirso de Molina

- MOTA. Y la mona de Tolú
de su madre Celestina
que les enseña dotrina.
- D. JUAN. ¡Oh, vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?
- MOTA. Blanca, sin blanca ninguna;
tiene un santo a quien ayuna.
- D. JUAN. ¿Agora en vigalias da?
- MOTA. Es firme y santa mujer.
- D. JUAN. ¿Y esotra?
- MOTA. Mejor principio
tiene; no desecha ripio.
- D. JUAN. Buen albañir quiere ser.
Marqués, ¿qué hay de perros muertos?
- MOTA. Yo y don Pedro de Esquivel
dimos anoche un cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.
- D. JUAN. Iré con vos;
que también recorreré
cierto nido que dejé
en güevos para los dos.
¿Qué hay de terrero?
- MOTA. No muero
en terrero, que enterrado
me tiene mayor cuidado.
- D. JUAN. ¿Cómo?
- MOTA. Un imposible quiero
- D. JUAN. Pues, ¿no os corresponde?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- MOTA. Sí,
me favorece y estima.
- D. JUAN. ¿Quién es?
- MOTA. Doña Ana, mi prima,
que es recién llegada aquí.
- D. JUAN. Pues, ¿dónde ha estado?
- MOTA. En Lisboa,
con su padre en la embajada.
- D. JUAN. ¿Es hermosa?
- MOTA. Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.
- D. JUAN. ¿Tan bella es esa mujer?
¡Vive Dios que la he de ver!
- MOTA. Veréis la mayor belleza
que los ojos del rey ven.
- D. JUAN. Casaos, pues es extremada.
- MOTA. El rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.
- D. JUAN. ¿No os favorece?
- MOTA. Y me escribe.
- CATALINÓN. *[Ap.]*
(No prosigas, que te engaña
el gran burlador de España.)
- D. JUAN. Quien tan satisfecho vive
de su amor, ¿desdichas teme?
Sacalda, solicialda,

escribilda y engañalda,
y el mundo se abraze y que me.

MOTA. Agora estoy aguardando
la postrer resolución.

D. JUAN. Pues no perdáis la ocasión,
que aquí os estoy aguardando.

MOTA. Ya vuelvo.

CATALINÓN. Señor Cuadrado,
o señor Redondo, adiós.

CRIADO. Adiós.

Vase EL MARQUÉS, y EL CRIADO

D. JUAN. Pues solos los dos,
amigo, habemos quedado,
síguele el paso al marqués,
que en el palacio se entró.

*Vase CATALINÓN
Habla por una reja UNA MUJER*

MUJER. Ce, ¿a quién digo?

D. JUAN. ¿Quién llamó?

MUJER. Pues sois prudente y cortés
y su amigo, dalde luego
al marqués este papel;
mirad que consiste en él
de una señora el sosiego.

D. JUAN. Digo que se lo daré;
soy su amigo y caballero.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

MUJER.

Basta, señor forastero.
Adiós. (*Vase.*)

D. JUAN.

Ya la voz se fue.
¿No parece encantamento
esto que agora ha pasado?
A mí el papel ha llegado
por la estafeta del viento.
Sin duda que es de la dama
que el marqués me ha encarecido;
venturoso en esto he sido.
Sevilla a voces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejalla sin honor.
¡Vive Dios, que le he de abrir,
pues salí de la plazuela!
Mas, ¿si hubiese otra cautela?...
Gana me da de reír.
Ya está abierto el papel,
y que es suyo es cosa llana
porque aquí firma doña Ana.
Dice así: «Mi padre infiel
en secreto me ha casado
sin poderme resistir;
no sé si podré vivir
porque la muerte me ha dado.
Si estimas, como es razón,
mi amor y mi voluntad,
y si tu amor fue verdad,
muéstralo en esta ocasión.
Porque veas que te estimo,
ven esta noche a la puerta,
que estará a las once abierta,

donde tu esperanza, primo,
goces y el fin de tu amor.
Traerás, mi gloria, por señas
de Leonorilla y las dueñas,
una capa de color.
Mi amor todo de ti fío,
y adiós.» -¡Desdichado amante!
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me río.
Gozaréla, ¡vive Dios!,
con el engaño y cautela
que en Nápoles a Isabela.

Sale CATALINÓN

- CATALINÓN. Ya el marqués viene.
- D. JUAN. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.
- CATALINÓN. ¿Hay engaño nuevo?
- D. JUAN. Extremado.
- CATALINÓN. No lo apruebo.
Tú pretendes que escapemos
una vez, señor, burlados;
que el que vive de burlar
burlado habrá de escapar,
pagando tantos pecados
de una vez.
- D. JUAN. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?
- CATALINÓN. La razón hace al valiente.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.
El que se pone a servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer,
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego
quien más hace gana más.
- CATALINÓN. También quien hace y dice
pierde por la mayor parte.
- D. JUAN. Esta vez quiero avisarte
porque otra vez no te avise.
- CATALINÓN. Digo que de aquí adelante
lo que me mandas haré,
y a tu lado forzaré
un tigre y un elefante.
Guárdese de mí un prior,
que si me mandas que calle
y le fuerce, he de forzalle
sin réplica, mi señor.

Sale EL MARQUÉS DE LA MOTA

- D. JUAN. Calla, que viene el marqués.
- CATALINÓN. Pues, ¿ha de ser el forzado?
- D. JUAN. Para vos, marqués, me han dado
un recaudo harto cortés
por esa reja, sin ver
el que me lo daba allí;
sólo en la voz conocí
que me lo daba mujer.

Dícete al fin que a las doce
vayas secreto a la puerta
(que estará a las once abierta),
donde tu esperanza goce
la posesión de tu amor,
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.

MOTA. ¿Qué dices?

D. JUAN. Que este recaudo
de una ventana me dieron
sin ver quién.

MOTA. Con él pusieron
sosiego en tanto cuidado.
¡Ay, amigo! Sólo en ti
mi esperanza renaciera.
Dame esos pies.

D. JUAN. Considera
que no está tu prima en mí.
Eres tú quien ha de ser
quien la tiene de gozar,
¿y me llegas a abrazar
los pies?

MOTA. Es tal el placer
que me ha sacado de mí.
¡Oh, sol! apresura el paso.

D. JUAN. Ya el sol camina al ocaso.

MOTA. Vamos, amigos, de aquí,
y de noche nos pondremos.
¡Loco voy!

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. [Ap.]
 (Bien se conoce;
 mas yo bien sé que a las doce
 harás mayores extremos.)

MOTA. ¡Ay, prima del alma, prima,
 que quieres premiar mi fe!

CATALINÓN. (¡Vive Cristo, que no dé
 una blanca por su prima!)

Vase EL MARQUÉS, y sale D. DIEGO

D. DIEGO. Don Juan.

CATALINÓN. Tu padre te llama.

D. JUAN. ¿Qué manda vueseñoría?

D. DIEGO. Verte más cuerdo quería,
 más bueno y con mejor fama.
 ¿Es posible que procuras
 todas las horas mi muerte?

D. JUAN. ¿Por qué vienes desafortunado?

D. DIEGO. Por tu trato y tus locuras.
 Al fin el rey me ha mandado
 que te eche de la ciudad,
 porque está de una maldad
 con justa causa indignado.
 Que, aunque me lo has encubierto,
 ya en Sevilla el rey lo sabe,
 cuyo delito es tan grave,
 que a decírtelo no acierto.
 ¿En el palacio real
 traición, y con un amigo?
 Traidor, Dios te dé el castigo

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

CATALINÓN. Fuese el viejo enternecido.

D. JUAN. Luego las lágrimas copia,
condición de viejo propia.
Vamos, pues ha anochecido,
a buscar al marqués.

CATALINÓN. Vamos,
y al fin gozarás su dama.

D. JUAN. Ha de ser burla de fama.

CATALINÓN. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.

D. JUAN. ¡Catalinón
en fin!

CATALINÓN. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres,
y con público pregón,
porque de ti se guardara,
cuando a noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre
que a las mujeres engaña,
y es el burlador de España.»

D. JUAN. Tú me has dado gentil nombre.

*Sale EL MARQUÉS, de noche, con MÚSICOS, y pasea el
tablado, y se entran cantando*

MÚSICOS. *El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

D. JUAN. ¿Qué es esto?

CATALINÓN.

Música es.

MOTA. Parece que habla conmigo
el poeta. ¿Quién va?

D. JUAN. Amigo.

MOTA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. ¿Es el marqués?

MOTA. ¿Quién puede ser sino yo?

D. JUAN. Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.

MOTA. Cantad, pues don Juan llegó.

[Músicos.] *(Cantan.) El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

D. JUAN. ¿Qué casa es la que miráis?

MOTA. De don Gonzalo de Ulloa.

D. JUAN. ¿Dónde iremos?

MOTA. A Lisboa.

D. JUAN. ¿Cómo, si en Sevilla estáis?

MOTA. ¿Pues aqueso os maravilla?
¿No vive, con gusto igual,
lo peor de Portugal
en lo mejor de Castilla?

D. JUAN. ¿Dónde viven?

MOTA. En la calle
de la Sierpe, donde ves
a Adán vuelto en portugués;
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

mil Evas que, aunque dorados,
en efeto, son bocados
con que el dinero nos quitan.

CATALINÓN. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día es miel
entonces lo dan en cera.
Una noche, por mi mal,
la vi sobre mí vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.

D. JUAN. Mientras a la calle vais,
yo dar un perro quisiera.

MOTA. Pues cerca de aquí me espera
un bravo.

D. JUAN. Si me dejáis,
señor marqués, vos veréis
cómo de mí no se escapa.

MOTA. Vamos, y poneos mi capa,
para que mejor lo deis.

D. JUAN. Bien habéis dicho. Venid,
y me enseñaréis la casa.

MOTA. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?

D. JUAN. Ya la veo.

MOTA. Pues llegad
y decid: «Beatriz», y entrad.

D. JUAN. ¿Qué mujer?

MOTA. Rosada y fría.

Tirso de Molina

- CATALINÓN. Será mujer cantimplora.
MOTA. En Gradas os aguardamos.
D. JUAN. Adiós, marqués.
CATALINÓN. ¿Dónde vamos?
D. JUAN. Calla, necio, calla agora;
adonde la burla mía
ejecute.
CATALINÓN. No se escapa
nadie de ti.
D. JUAN. El trueque adoro.
CATALINÓN. Echaste la capa al toro.
D. JUAN. No, el toro me echó la capa.

[Vanse D. JUAN. y CATALINÓN]

- MOTA. La mujer ha de pensar
que soy él.
MÚSICOS. ¡Qué gentil perro!
MOTA. Esto es acertar por yerro.
MÚSICOS. Todo este mundo es errar.
*(Cantan.) El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

Vanse, y dice D.^a ANA dentro

- DOÑA ANA. ¡Falso, no eres el marqués;
que me has engañado!

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. Digo
que lo soy.

D.^a ANA. ¡Fiero enemigo,
mientes, mientes!

Sale D. GONZALO con la espada desnuda

D. GONZALO. La voz es
de doña Ana la que siento.

D.^a ANA. ¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?

D. GONZALO. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor, dijo, ¡ay de mí!,
y es su lengua tan liviana
que aquí sirve de campana.

D.^a ANA. Matalde.

Sale D. JUAN., Y CATALINÓN con las espadas desnudas

D. JUAN. ¿Quién está aquí?

D. GONZALO. ¡La barbacana caída
de la torre de mi honor,
echaste en tierra, traidor,
donde era alcaide la vida.

D. JUAN. Déjame pasar.

D. GONZALO. ¿Pasar?
Por la punta desta espada.

D. JUAN. Morirás.

D. GONZALO. No importa nada.

Tirso de Molina

- D. JUAN. Mira que te he de matar.
- D. GONZALO. ¡Muere, traidor!
- D. JUAN. Desta suerte
muero.
- CATALINÓN. Si escapo desta,
no más burlas, no más fiesta.
- D. GONZALO. ¡Ay, que me has dado la muerte!
- D. JUAN. Tú la vida te quitaste.
- D. GONZALO. ¿De qué la vida servía?
- D. JUAN. Huye.

Vase D. JUAN., y CATALINÓN

- D. GONZALO. Aguarda, que es sangría
con que el valor me aumentaste;
mas no es posible que aguarde.
Seguiráele mi furor,
que es traidor, y el que es traidor
es traidor porque es cobarde.

*Entran muerto a D. GONZALO, y sale EL MARQUÉS DE LA
MOTA, y MÚSICOS*

- MOTA. Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda;
¡fiera prisión del que aguarde!

Sale D. JUAN., y CATALINÓN

- D. JUAN. ¿Es el marqués?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. DIEGO. Volved la espada a la vaina.
que la mayor valentía
es no tratar de las armas.
- MOTA. ¿Cómo al marqués de la Mota
hablan ansí?
- D. DIEGO. Dad la espada;
que el rey os manda prender.
- MOTA. ¡Vive Dios!

Sale EL REY, y ACOMPAÑAMIENTO

- REY. En toda España
no ha de caber, ni tampoco
en Italia, si va a Italia.
- D. DIEGO. Señor, aquí está el marqués.
- MOTA. ¿Vuestra alteza a mí me manda
prender?
- REY. Llevalde y ponelde
la cabeza en una escarpia.
¿En mi presencia te pones?
- MOTA. ¡Ah, glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras,
como en el vivir pesadas!
Bien dijo un sabio que había
entre la boca y la taza
peligro; mas el enojo
del rey me admira y espanta.
No sé por lo que voy preso.
- D. DIEGO. ¿Quién mejor sabrá la causa
que vueseñoría?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- BATRICIO. Sobre esta alfombra florida,
adonde en campos de escarcha
el sol sin aliento marcha
con su luz recién nacida,
os sentad, pues nos convida
al tálamo el sitio hermoso.
- AMINTA. Cantalde a mi dulce esposo
favores de mil en mil.
- (*Cantan.*) *Lindo sale el sol de abril
con trébol y toronjil;
y aunque le sirve de estrella
Aminta sale más bella.*
- GASENO. Ya, Batricio, os he entregado
el alma y ser en mi Aminta.
- BATRICIO. Por eso se baña y pinta
de más colores el prado.
Con deseos la he ganado,
con obras la he merecido.
- MÚSICOS. Tal mujer y tal marido
vivan juntos años mil.
Lindo sale el sol de abril
con trébol y toronjil;
y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale más bella.
- BATRICIO. No sale así el sol de oriente
como el sol que al alba sale,
que no hay sol que al sol se iguale
de sus niñas y su frente,
a este sol claro y luciente
que eclipsa al sol su arrebol;
y así cantalde a mi sol
motetes de mil en mil.

(*Cantan.*) *Lindo sale el sol de abril,
con trébol y toronjil,
y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale más bella.*

AMINTA. Batricio, yo lo agradezco;
falso y lisonjero estás;
mas si tus rayos me das,
por ti ser luna merezco;
tú eres el sol por quien crezco
después de salir menguante.
Para que el alba te cante
la salva en tono sutil,

(*Cantan.*) *lindo sale el sol de abril
con trébol y toronjil;
y aunque le sirve de estrella
Aminta sale más bella.*

Sale CATALINÓN, de camino

CATALINÓN. Señores, el desposorio
huéspedes ha de tener.

GASENO. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.
¿Quién viene?

CATALINÓN. Don Juan Tenorio

GASENO. ¿El viejo?

CATALINÓN. No ese don Juan.

BELISA. Será su hijo galán.

BATRICIO. Téngolo por mal agüero;
que galán y caballero
quitan gusto y celos dan.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

Pues, ¿quién noticia les dio
de mis bodas?

CATALINÓN. De camino
pasa a Lebrija.

BATRICIO. Imagino
que el demonio le envió.
Mas, ¿de qué me aflijo yo?
Vengan a mis dulces bodas
del mundo las gentes todas.
Mas, con todo, un caballero
en mis bodas, ¡mal agüero!

GASENO. Venga el Coloso de Rodas,
venga el Papa, el Preste Juan
y don Alonso el Onceno
con su corte; que en Gaseno
ánimo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivides de vino,
Babilonias de tocino,
y entre ejércitos cobardes
de aves, para que las lardes,
el pollo y el palomino.
Venga tan gran caballero
a ser hoy en Dos Hermanas
honra destas viejas canas.

BELISA. El hijo del Camarero
mayor...

BATRICIO. *[Ap.]* (Todo es mal agüero
para mí, pues le han de dar
junto a mi esposa lugar.
Aún no gozo y ya los cielos

me están condenando a celos.
Amor, sufrir y callar.)

Sale D. JUAN. TENORIO

D. JUAN. Pasando acaso he sabido
que hay bodas en el lugar,
y dellas quise gozar,
pues tan venturoso he sido.

GASENO. Vueseñoría ha venido
a honrallas y engrandecellas.

BATRICIO. *[Ap.]* (Yo, que soy el dueño dellas,
digo entre mí que vengáis
en hora mala.)

GASENO. ¿No dais
lugar a este caballero?

D. JUAN.. Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí.

(Siéntase junto a la novia.)

BATRICIO. Si os sentáis
delante de mí, señor,
seréis de aquesa manera
el novio.

D. JUAN. Cuando lo fuera
no escogiera lo peor.

GASENO. ¡Que es el novio!

D. JUAN. De mi error
y ignorancia perdón pido.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- CATALINÓN. (¡Desventurado marido!)
- DON JUAN. (Corrido está.)
[Aparte a CATALINÓN.]
- CATALINÓN. (No lo ignoro;
mas si tiene de ser toro,
¿qué mucho que esté corrido?
No daré por su mujer
ni por su honor un cornado.
¡Desdichado tú, que has dado
en manos de Lucifer!)
- D. JUAN. ¿Posible es que vengo a ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
- AMINTA. Parecéisme lisonjero.
- BATRICIO. Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
- GASENO. Ea, vamos a almorzar,
porque pueda descansar
un rato su señoría.

Tómale D. JUAN. la mano a la novia.

- D. JUAN. ¿Por qué la escondéis?
- AMINTA. Es mía.
- GASENO. Vamos.
- BELISA. Volved a cantar.
- D. JUAN.. ¿Qué dices tú?
- CATALINÓN. ¿Yo? Que temo
muerte vil destos villanos.

JORNADA TERCERA

Sale BATRICIO, pensativo

BATRICIO. Celos, reloj de cuidados
que a todas las horas dais
tormentos con que matáis,
aunque dais desconcertados;
celos, del vivir desprecios,
con que ignorancias hacéis,
pues todo lo que tenéis
de ricos tenéis de necios,
dejadme de atormentar,
pues es cosa tan sabida
que cuando amor me da vida
la muerte me queréis dar.
¿Qué me queréis, caballero,
que me atormentáis así?
Bien dije cuando le vi
en mis bodas, «¡Mal agüero!»
¿No es bueno que se sentó
a cenar con mi mujer
y a mí en el plato meter
la mano no me dejó?
Pues cada vez que quería
metella la desviaba,
diciendo a cuanto tomaba,
«¡Grosería, grosería!»
Pues llegándome a quejar
a algunos, me respondían
y con risa me decían:

«No tenéis de qué os quejar,
eso no es cosa que importe;
no tenéis de qué temer;
callad, que debe de ser
uso de allá de la corte.»
¡Buen uso, trato extremado!
¡Más no se usara en Sodoma!
¡Que otro con la novia coma,
y que ayune el desposado!
Pues el otro bellacón
a cuanto comer quería,
«¿Esto no come?», decía;
«No tenéis, señor, razón»,
y de delante al momento
me lo quitaba. Corrido
estó; bien sé yo que ha sido
culebra y no casamiento.
Ya no se puede sufrir
ni entre cristianos pasar,
y acabando de cenar
con los dos, ¿mas que a dormir
se ha de ir también, si porfía,
con nosotros, y ha de ser
el llegar yo a mi mujer,
«Grosería, grosería»?
Ya viene, no me resisto;
aquí me quiero esconder;
pero ya no puede ser,
que imagino que me ha visto.

Sale D. JUAN. TENORIO

D. JUAN.

Batricio...

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- BATRICIO. Batricio... Su señoría,
¿qué manda?
- D. JUAN. Haceros saber...
- BATRICIO. *[Ap.]* (¿Mas que ha de venir a ser
alguna desdicha mía?)
- D. JUAN. ... que ha muchos días, Batricio,
que a Aminta el alma di,
y he gozado...
- BATRICIO. ¿Su honor?
- D. JUAN. Sí.
- BATRICIO. *[Ap.]* (Manifiesto y claro indicio
de lo que he llegado a ver,
que si bien no le quisiera,
nunca a su casa viniera.
Al fin, al fin es mujer.)
- D. JUAN. Al fin, Aminta, celosa,
o quizá desesperada
de verse de mí olvidada
y de ajeno dueño esposa,
esta carta me escribió
enviándome a llamar,
y yo prometí gozar
lo que el alma prometió.
Esto pasa de esta suerte.
Dad a vuestra vida un medio,
que le daré sin remedio
a quien lo impida, la muerte.
- BATRICIO. Si tú en mi elección lo pones
tu gusto pretendo hacer,
que el honor y la mujer
son males en opiniones.

La mujer en opinión
siempre más pierde que gana,
que son como la campana,
que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada
que opinión viene a perder,
cuando cualquiera mujer
suen a campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
el bien que mi amor ordena,
mujer entre mala y buena,
que es moneda entre dos luces.
Gózala, señor, mil años,
que yo quiero resistir,
desengañar y morir,
y no vivir con engaños. (*Vase.*)

D. JUAN.

Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos
y siempre miran por sí.
Que por tantas variedades
es bien que se entienda y crea
que el honor se fue al aldea
huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño
le pretendo reparar;
a su padre voy a hablar
para autorizar mi engaño.
Bien lo supe negociar;
gozarla esta noche espero.
La noche camina, y quiero
su viejo padre llamar.
Estrellas que me alumbráis,
dadme en este engaño suerte,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

si el galardón en la muerte
tan largo me lo guardáis. (*Vase.*)

Sale AMINTA y BELISA

- BELISA. Mira que vendrá tu esposo;
entra a desnudarte, Aminta.
- AMINTA. De estas infelices bodas
no sé qué siento, Belisa.
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía,
todo en confusión y celos;
¡mirad qué grande desdicha!
Dí, ¿qué caballero es éste
que de mi esposo me priva?
La desvergüenza en España
se ha hecho caballería.
Déjame, que estoy sin seso;
déjame, que estoy corrida.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me priva!
- BELISA. Calla, que pienso que viene;
que nadie en la casa pisa
de un desposado, tan recio.
- AMINTA. Queda a Dios, Belisa mía.
- BELISA. Desenójale en los brazos.
- AMINTA. ¡Plega a los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias! (*Vanse.*)

Sale D. JUAN., CATALINÓN, GASENO

Tirso de Molina

- D. JUAN. Gaseno, quedad con Dios.
- GASENO. Acompañaros querría,
por dalle de esta ventura
el parabién a mi hija.
- D. JUAN. Tiempo mañana nos queda.
- GASENO. Bien decís; el alma mía
en la muchacha os ofrezco. [*Vase.*]
- D. JUAN. Mi esposa, decid. Ensilla,
Catalinón.
- CATALINÓN. ¿Para cuándo?
- D. JUAN. Para el alba, que de risa
muerta ha de salir mañana
deste engaño.
- CATALINÓN. Allá en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda. Por tu vida,
que despaches presto en ésta.
- D. JUAN. La burla más escogida
de todas ha de ser ésta.
- CATALINÓN. Que saliésemos querría
de todas bien.
- D. JUAN. Si es mi padre
el dueño de la justicia
y es la privanza del rey,
¿qué temes?
- CATALINÓN. De los que privan
suele Dios tomar venganza,
si delitos no castigan,
y se suelen en el juego
perder también los que miran.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

Yo he sido mirón del tuyo,
y por mirón no querría
que me cogiese algún rayo
y me trocase en ceniza.

D. JUAN. Vete, ensilla; que mañana
he de dormir en Sevilla.

CATALINÓN. ¿En Sevilla?

D. JUAN. Sí.

CATALINÓN. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho y mira
que hasta la muerte, señor,
es corta la mayor vida,
y que hay tras la muerte infierno.

D. JUAN. Si tan largo me lo fías,
vengan engaños.

CATALINÓN. Señor...

D. JUAN. Vete, que ya me amohínas
con tus temores extraños.

CATALINÓN. Fuerza al turco, fuerza al scita,
al persa y al caramanto,
al gallego, al troglodita,
al alemán y al japon,
al sastre con la agujita
de oro en la mano, imitando
contino a la Blanca niña. (*Vase*)

D. JUAN. La noche en negro silencio
se extiende, y ya las cabrillas
entre racimos de estrellas
el polo más alto pisan.
Yo quiero poner mi engaño
por obra. El amor me guía

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Desde agora.
- AMINTA. ¿Quién lo ha tratado?
- D. JUAN. Mi dicha.
- AMINTA. ¿Y quién nos casó?
- D. JUAN. Tus ojos.
- AMINTA. ¿Con qué poder?
- D. JUAN. Con la vista.
- AMINTA. ¿Sábelo Batricio?
- D. JUAN. Sí;
que te olvida.
- AMINTA. ¿Que me olvida?
- D. JUAN. Sí; que yo te adoro.
- AMINTA. ¿Cómo?
- D. JUAN. Con mis dos brazos.
- AMINTA. Desvía.
- D. JUAN. ¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?
- AMINTA. ¡Qué gran mentira!
- D. JUAN. Aminta, escucha y sabrás,
si quieres que te lo diga,
la verdad; que las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios, antiguos
ganadores de Sevilla.
Mi padre, después del rey,

Tirso de Molina

AMINTA. A tu voluntad, esposo,
la mía desde hoy se inclina;
tuya soy.

D. JUAN. [Ap.] (¡Qué mal conoces
al burlador de Sevilla!) (*Vanse.*)

Sale ISABELA y FABIO, de camino

ISABELA. ¡Que me robase el dueño,
la prenda que estimaba y más quería!
¡Oh riguroso empeño
de la verdad! ¡Oh máscara del día!
¡Noche al fin, tenebrosa,
antípoda del sol, del sueño esposa!

FABIO. ¿De qué sirve, Isabela,
la tristeza en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela,
y en campos de desdenes causa enojos,
si el que se ríe agora
en breve espacio desventuras llora?
El mar está alterado
y en grave temporal; tiempo se corre.
El abrigo han tomado
las galeras, duquesa, de la torre
que esta playa corona.

ISABELA. ¿Dónde estamos ahora?

FABIO. En Tarragona.
De aquí a poco espacio
daremos en Valencia, ciudad bella,
del mismo sol palacio.
Divertirás algunos días en ella,
y después a Sevilla

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

irás a ver la octava maravilla.
Que si a Octavio perdiste,
más galán es don Juan, y de notorio
solar. ¿De qué estás triste?
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio;
el rey con él te casa,
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA. No nace mi tristeza
de ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza;
en la esparcida voz mi agravio fundo;
que esta opinión perdida
es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO. Allí una pescadora
tiernamente suspira y se lamenta,
y dulcemente llora.
Acá viene, sin duda, y verte intenta.
Mientras llamo tu gente,
lamentaréis las dos más dulcemente.

Vase FABIO y sale TISBEA

TISBEA. Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña,
que ya el fuego, por mares y por ondas,
en sus abismos fragua,
y el mar forma, por las llamas, agua.
¡Maldito el leño sea
que a tu amargo cristal halló camino,
antojo de Medea,
tu cáñamo primero o primer lino,

aspado de los vientos
para telas de engaños e instrumentos!

ISABELA. ¿Por qué del mar te quejas
tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA. Al mar formo mil quejas.
¡Dichosa vos, que en su tormento, agora
dél os estáis riendo!

ISABELA. También quejas del mar estoy haciendo.
¿De dónde sois?

TISBEA. De aquellas
cabañas que miráis del viento heridas
tan vitorioso entre ellas,
cuyas pobres paredes desparcidas
van en pedazos graves,
dando en mil grietas nidos a las aves.
En sus pajas me dieron
corazón de fortísimo diamante;
mas las obras me hicieron,
deste monstruo que ves tan arrogante,
ablandarme de suerte,
que al sol la cera es más robusta y fuerte.
¿Sois vos la Europa hermosa
que esos toros os llevan?

ISABELA. A Sevilla
llévanme a ser esposa
contra mi voluntad.

TISBEA. Si mi mancilla
a lástima os provoca,
y si injurias del mar os tienen loca,
en vuestra compañía
para serviros como humilde esclava
me llevad; que querría,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

si el dolor o la afrenta no me acaba,
pedir al rey justicia
de un engaño cruel, de una malicia.
Del agua derrotado,
a esta tierra llegó don Juan Tenorio,
difunto y anegado;
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil güésped
víbora fue a mi planta en tierno césped.
Con palabra de esposo,
la que de esta costa burla hacía
se rindió al engañoso;
¡mal haya la mujer que en hombres fía!
Fuese al fin, y dejóme;
mira si es justo que venganza tome.

ISABELA. ¡Calla, mujer maldita!
Vete de mi presencia, que me has muerto.
Mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú. Prosigue ¿es cierto?

TISBEA. Tan claro es como el día.

ISABELA. ¡Mal haya la mujer que en hombres fía!
Pero sin duda el cielo
a ver estas cabañas me ha traído,
y de ti mi consuelo
en tan grave pasión ha renacido
para venganza mía.
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

TISBEA. Que me llevéis os ruego
con vos, señora, a mí y a un viejo padre,
porque de aqueste fuego
la venganza me dé que más me cuadre,
y al rey pida justicia
deste engaño y traición, desta malicia.

Anfriso, en cuyos brazos
me pensé ver en tálamo dichoso,
dándole eternos lazos,
conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.
Ven en mi compañía.

TISBEA. ¡Mal haya la mujer que en hombres fía! (*Vanse.*)

Sale D. JUAN. y CATALINÓN

CATALINÓN. Todo en mal estado está.

D. JUAN. ¿Cómo?

CATALINÓN. Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido
de ti justas quejas da,
y dice que fue el recaudo
que de su prima le diste
fingido y disimulado,
y con su capa emprendiste
la traición que le ha infamado.
Dice que viene Isabela
a que seas su marido,
y dicen...

D. JUAN. ¡Calla!

CATALINÓN. Una muela
en la boca me has rotpido.

D. JUAN. Hablador, ¿quién te revela
tanto disparate junto?

CATALINÓN. ¡Disparate, disparate!
Verdades son.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. No pregunto
si lo son. Cuando me mate
Octavio, ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?

CATALINÓN. En calle oculta.

D. JUAN. Está bien.

CATALINÓN. La iglesia es tierra sagrada.

D. JUAN. Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?

CATALINÓN. También le vi ansiado y triste.

D. JUAN. Aminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.

CATALINÓN. Tan bien engañada está,
que se llama doña Aminta.

D. JUAN. ¡Graciosa burla será!

CATALINÓN. Graciosa burla y sucinta,
mas siempre la llorará.

Descúbrese un sepulcro de D. GONZALO DE ULLOA

D. JUAN. ¿Qué sepulcro es éste?

CATALINÓN. Aquí
don Gonzalo está enterrado.

D. JUAN. Éste es el que muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado!

CATALINÓN. Ordenólo el rey ansí.
¿Cómo dice este letrado?

Tirso de Molina

- D. JUAN. «Aquí aguarda del Señor,
el más leal caballero,
la venganza de un traidor.»
Del mote reírme quiero.
¿Y habéisos vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
- CATALINÓN. No se las podrás pelar;
que en barbas muy fuertes medra.
- D. JUAN. Aquesta noche a cenar
os aguardo en mi posada.
Allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada;
aunque mal reñir podremos,
si es de piedra vuestra espada.
- CATALINÓN. Ya, señor, ha anochecido;
vámonos a recoger.
- D. JUAN. Larga esta venganza ha sido,
si es que vos la habéis de hacer;
importa no estar dormido,
que si a la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiáis.

Vanse, y ponen la mesa dos CRIADOS

- CRIADO 1.º Quiero apercebir la cena,
que vendrá a cenar don Juan.
- [CRIADO] 2.º Puestas las mesas están.
¡Qué flema tiene si empieza!
Ya tarda como solía

D. JUAN. Sea, no tengas temor.

Vuelve el CRIADO, huyendo

¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

CATALINÓN. De algún mal da testimonio.

D. JUAN. Mal mi cólera resisto.
Habla, responde, ¿qué has visto?
¿Asombróte algún demonio?
Ve tú, y mira aquella puerta.
¡Presto, acaba!

CATALINÓN. ¿Yo?

D. JUAN. Tú, pues.
Acaba, menea los pies.

CATALINÓN. A mi agüela hallaron muerta
como racimo colgada,
y desde entonces se suena
que anda siempre su alma en pena.
Tanto golpe no me agrada.

D. JUAN. Acaba.

CATALINÓN. Señor, si sabes
que soy un Catalinón...

D. JUAN. Acaba.

CATALINÓN. ¡Fuerte ocasión!

DON JUAN. ¿No vas?

CATALINÓN. ¿Quién tiene las llaves
de la puerta?

[CRIADO] 2.º Con la aldaba
está cerrada no más.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. ¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?

CATALINÓN. Hoy Catalinón acaba.
 ¿Mas si las forzadas vienen
 a vengarse de los dos?

Llega CATALINÓN a la puerta, y viene corriendo; cae y levántase

D. JUAN. ¿Qué es eso?

CATALINÓN. ¡Válgame Dios!
 ¡Que me matan, que me tienen!

D. JUAN. Quién te tiene, quién te mata?
 ¿Qué has visto?

CATALINÓN. Señor, yo allí
 vide cuando... luego fui...
 ¿Quién me ase, quién me arrebató?
 Llegué, cuando después ciego,
 cuando vile, ¡juro a Dios!...
 Habló y dijo, «¿Quién sois vos?»...
 respondió... respondí luego...
 topé y vide...

D. JUAN. ¿A quién?

CATALINÓN. No sé.

D. JUAN. ¡Cómo el vino desatina!
 Dame la vela, gallina,
 y yo a quién llama veré.

Toma D. JUAN. la vela y llega a la puerta. Sale al encuentro D. GONZALO, en la forma que estaba en el sepulcro, y D. JUAN. se retira atrás turbado, empuñando la espada, y en la

otra la velay D. GONZALO hacia él, con pasos menudos, y al compás D. JUAN, retirándose hasta en medio del teatro

- D. JUAN. ¿Quién va?
- D. GONZALO. Yo soy.
- D. JUAN. ¿Quién sois vos?
- D. GONZALO. Soy el caballero honrado
que a cenar has convidado.
- D. JUAN. Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá.
Ya puesta la mesa está.
Siéntate.
- CATALINÓN. ¡Dios sea conmigo!
¡San Panuncio, San Antón!
Pues, ¿los muertos comen? Di.
Por señas dice que sí.
- D. JUAN. Siéntate, Catalinón.
- CATALINÓN. No, señor; yo lo recibo
por cenado.
- D. JUAN. Es desconcierto.
¡Qué temor tienes a un muerto!
¡Qué hicieras estando vivo?
¡Necio y villano temor!
- CATALINÓN. Cena con tu convidado;
que yo, señor, ya he cenado.
- D. JUAN. ¿He de enojarme?
- CATALINÓN. Señor,
¡vive Dios, que güelo mal!

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. Llega; que aguardando estoy.

CATALINÓN. Yo pienso que muerto soy,
y está muerto mi arrabal.

Tiemblan los CRIADOS

D. JUAN. Y vosotros, ¿qué decís?
¿Qué hacéis? ¡Necio temblar!

CATALINÓN. Nunca quisiera cenar
con gente de otro país.
¿Yo, señor, con convidado
de piedra?

D. JUAN. ¡Necio temer!
Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

CATALINÓN. Dejarme descalabrado.

D. JUAN. Háblale con cortesía.

CATALINÓN. ¿Está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano o sierra?
¿Prémíase allá la poesía?

CRIADO 1.º A todo dice que sí,
con la cabeza.

CATALINÓN. ¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si Noé reside allí.

D. JUAN. ¡Hola! Dadnos de cenar.

CATALINÓN. Señor muerto, ¿allá se bebe
con nieve? *Baja la cabeza*
Así, que hay nieve.
¡Buen país!

Tirso de Molina

D. JUAN. Si oír cantar
queréis, cantarán. *Baja la cabeza*

CRIADO 2.º Sí, dijo.

D. JUAN. Cantad.

CATALINÓN. Tiene el señor muerto
buen gusto.

CRIADO 1.º Es noble, por cierto,
y amigo de regocijo.

(*Cantan dentro.*) *Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!*

CATALINÓN. O es sin duda veraniego
el señor muerto, o debe ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llevo.
Poco beben por allá; (*Bebe*)
yo beberé por los dos.
Brindis de piedra ¡por Dios!
Menos temor tengo ya.

(*Cantan.*) *Si ese plazo me convida
para que gozaros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!*

CATALINÓN. ¿Con cuál de tantas mujeres
como has burlado, señor,
hablan?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. JUAN. De todas me río,
amigo, en esta ocasión.
En Nápoles a Isabela...

CATALINÓN. Esa, señor, ya no es hoy
burlada, porque se casa
contigo, como es razón.
Burlaste a la pescadora
que del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste a doña Ana...

D. JUAN. Calla;
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse aguarda.

CATALINÓN. Hombre es de mucho valor;
qué el es piedra, tú eres carne.
No es buena resolución.

Hace señas que se quite la mesa y queden solos

D. JUAN. ¡Hola! Quitad esa mesa;
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demás.

CATALINÓN. ¡Malo, por Dios!
No te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojicón
a un gigante.

D. JUAN. Salíos todos.
¡A ser yo Catalinón...!
Vete, que viene.

Vanse, y quedan los dos solos, y hace señas que cierre la puerta

La puerta
ya está cerrada. Ya estoy
aguardando. Di, ¿qué quieres,
sombra o fantasma o visión?
Si andas en pena, o si aguardas
alguna satisfacción
para tu remedio, dilo;
que mi palabra te doy
de hacer lo que ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que suspenso estoy.

Paso, como cosa del otro mundo

- D. GONZALO. ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?
- D. JUAN. Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.
- D. GONZALO. Dame esa mano; no temas.
- D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo, temor?
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo. Dale la mano
- D. GONZALO. Bajo esta palabra y mano
mañana a las diez estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Empresa mayor
entendí que me pedías.
Mañana tu güéspedes soy.
¿Dónde he de ir?
- D. GONZALO. A mi capilla.
- D. JUAN. ¿Iré solo?
- D. GONZALO. No, los dos;
y cúpleme la palabra
como la he cumplido yo.
- D. JUAN. Digo que la cumpliré;
que soy Tenorio.
- D. GONZALO. Yo soy
Ulloa.
- D. JUAN. Yo iré sin falta.
- D. GONZALO. Yo lo creo. Adiós. (*Va a la puerta.*)
- D. JUAN. Adiós.
Aguarda, iréte alumbrando.
- D. GONZALO. No alumbres, que en gracia estoy.

*Vase muy poco a poco, mirando a D. JUAN., y D. JUAN. a él,
hasta que desaparece, y queda D. JUAN. con pavor*

- D. JUAN. ¡Válgame Dios! Todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor,
y dentro de las entrañas
se me yela el corazón.
Cuando me tomó la mano,
de suerte me la apretó,
que un infierno parecía;
jamás vide tal calor.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. DIEGO. Si ha de ser con don Juan el desposorio,
manda, señor, que tu presencia vea.
- REY. Véame, y galán salga; que notorio
quiero que este placer al mundo sea.
Conde será desde hoy don Juan Tenorio
de Lebrija; él la mande y la posea;
que si Isabela a un duque corresponde,
ya que ha perdido un duque, gane un conde.
- D. DIEGO. Todos por la merced tus pies besamos.
- REY. Merecéis mi favor tan dignamente,
que si aquí los servicios ponderamos,
me quedo atrás con el favor presente.
Paréceme, don Diego, que hoy hagamos
las bodas de doña Ana juntamente.
- D. DIEGO. ¿Con Octavio?
- REY. No es bien que el duque Octavio
sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana con la reina me ha pedido
que perdone al marqués, porque doña Ana,
ya que el padre murió, quiere marido;
porque si le perdió, con él le gana.
Iréis con poca gente y sin ruido
luego a hablalle a la fuerza de Triana;
por su satisfacción y por su abono
de su agraviada prima, le perdono.
- D. DIEGO. Ya he visto lo que tanto deseaba.
- REY. Que esta noche han de ser, podéis decille,
los desposorios.
- D. DIEGO. Todo en bien se acaba.
Fácil será al marqués el persuadille;
que de su prima amartelado estaba.

REY. También podéis a Octavio prevenille.
Desdichado es el duque con mujeres;
son todas opinión y pareceres.
Hanme dicho que está muy enojado
con don Juan.

D. DIEGO. No me espanto, si ha sabido
de don Juan el delito averiguado,
que la causa de tanto daño ha sido.
El duque viene.

REY. No dejéis mi lado;
que en el delito sois comprendido.

Sale el duque OCTAVIO

OCTAVIO. Los pies, invicto rey, me dé tu alteza.

REY. Alzad, duque, y cubrid vuestra cabeza.
¿Qué pedís?

OCTAVIO. Vengo a pedirlos,
postrado ante vuestras plantas,
una merced, cosa justa,
digna de serme otorgada.

REY. Duque, como justa sea,
digo que os doy mi palabra
de otorgárosla. Pedid.

OCTAVIO. Ya sabes, señor, por cartas
de tu embajador, y el mundo
por la lengua de la fama
sabe, que don Juan Tenorio,
con española arrogancia,
en Nápoles una noche,
para mí noche tan mala,

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

con mi nombre profanó
el sagrado de una dama.

REY. No pases más adelante.
Ya supe vuestra desgracia.
En efeto, ¿qué pedís?

OCTAVIO. Licencia que en la campaña
defienda cómo es traidor.

D. DIEGO. ¡Eso no! Su sangre clara
es tan horada...

REY. ¡Don Diego!

D. DIEGO. Señor.

OCTAVIO. ¿Quién eres que hablas
en la presencia del rey
de esa suerte?

D. DIEGO. Soy quien calla
porque me lo manda el rey;
que si no, con esta espada
te respondiera.

OCTAVIO. Eres viejo.

D. DIEGO. Ya he sido mozo en Italia,
a vuestro pesar, un tiempo;
ya conocieron mi espada
en Nápoles y en Milán.

OCTAVIO. Tienes ya la sangre helada.
No vale «Fui», sino «Soy».

D. DIEGO. Pues fui y soy. (*Empuña.*)

REY. Tened, basta;
bueno está. Callad don Diego;
que a mi persona se guarda

poco respeto. Y vos, duque,
después que las bodas se hagan,
más de espacio hablaréis.
Gentilhombre de mi cámara
es don Juan, y hechura mía,
y de aqueste tronco rama.
Mirad por él.

OCTAVIO. Yo lo haré,
gran señor, como lo mandas.

REY. Venid conmigo, don Diego.

D. DIEGO. (¡Ay, hijo, qué mal me pagas
el amor que te he tenido!)

REY. Duque...

OCTAVIO. Gran señor...

REY. Mañana
vuestras bodas se han de hacer.

OCTAVIO. Háganse, pues tú lo mandas.

Vase el REY, y D. DIEGO, y sale GASENO y AMINTA

GASENO. Este señor nos dirá
dónde está don Juan Tenorio.
Señor, ¿si está por acá
un don Juan a quien notorio
ya su apellido será?

OCTAVIO. Don Juan Tenorio diréis.

AMINTA. Sí, señor; ese don Juan.

OCTAVIO. Aquí está. ¿Qué le queréis?

AMINTA. Es mi esposo ese galán.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- OCTAVIO. ¿Cómo?
- AMINTA. Pues, ¿no lo sabéis,
siendo del Alcázar vos?
- OCTAVIO. No me ha dicho don Juan nada.
- GASENO. ¿Es posible?
- OCTAVIO. Sí, por Dios.
- GASENO. Doña Aminta es muy honrada,
cuando se casen los dos,
que cristiana vieja es
hasta los güesos, y tiene
de la hacienda el interés,
.....
más bien que un conde, un marqués.
Casóse don Juan con ella,
y quitóse la a Batricio.
- AMINTA. Decid como fue doncella
a su poder.
- GASENO. No es juicio
esto, ni aquesta querella.
- OCTAVIO. [*Ap.*] (Ésta es burla de don Juan,
y para venganza mía
éstos diciéndola están.)
¿Qué pedís, al fin?
- GASENO. Querría,
porque los días se van,
que se hiciese el casamiento,
o querellarme ante el rey.
- OCTAVIO. Digo que es justo ese intento.
- GASENO. Y razón y justa ley.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
revienta la verde cárcel.
- CATALINÓN. Al fin, ¿esta noche son
las bodas?
- D. JUAN. Sin falta.
- CATALINÓN. Si antes
hubieran sido, no hubieras,
engañado a tantas antes,
pero tú tomas esposa,
señor, con cargas muy grandes.
- D. JUAN. Di, ¿comienzas a ser necio?
- CATALINÓN. Y podrás muy bien casarte
mañana; que hoy es mal día.
- D. JUAN. Pues, ¿qué día es hoy?
- CATALINÓN. Es martes.
- D. JUAN. Mil embusteros y locos
dan en esos disparates.
Sólo aquél llamo mal día,
acíago y detestable,
en que no tengo dineros;
que lo demás es donaire.
- CATALINÓN. Vamos, si te has de vestir;
que te aguardan, y ya es tarde.
- D. JUAN. Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.
- CATALINÓN. ¿Cuál es?
- D. JUAN. Cenar con el muerto.

Tirso de Molina

- CATALINÓN. ¡Necedad de necedades!
- D. JUAN. ¿No ves que di mi palabra?
- CATALINÓN. Y cuando se la quebrantes,
¿qué importa? ¿Ha de pedirte
una figura de jaspe
la palabra?
- D. JUAN. Podrá el muerto
llamarme a voces infame.
- CATALINÓN. Ya está cerrada la iglesia.
- D. JUAN. Llama.
- CATALINÓN. ¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de abrir?, que están
durmiendo los sacristanes.
- D. JUAN. Llama a ese postigo.
- CATALINÓN. Abierto
está.
- D. JUAN.. Pues entra.
- CATALINÓN. Entre un fraile
con su hisopo y estola.
- D. JUAN. Sígueme y calla.
- CATALINÓN. ¿Que calle?
- D. JUAN. Sí.
- CATALINÓN. Ya callo. Dios en paz
destos convites me saque.
¡Qué oscura que está la iglesia,

Entran por una puerta y salen por otra

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

señor, para ser tan grande!
¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,
porque de la capa me asen!

Sale D. GONZALO como de antes, y encuéntrase con ellos

D. JUAN. ¿Quién va?

D. GONZALO. Yo soy.

CATALINÓN. ¡Muerto estoy!

D. GONZALO. El muerto soy; no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.

DON JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?

D. GONZALO. Sí; que aquella noche huiste
de mí cuando me mataste.

D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Di presto lo que me quieres.

D. GONZALO. Quiero a cenar convidarte.

CATALINÓN. Aquí excusamos la cena;
que toda ha de ser fiambre,
pues no parece cocina.

.....

D. JUAN. Cenemos.

D. GONZALO. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

- D. JUAN. Comeré,
si me dices áspid y áspides
cuantos el infierno tiene.
- D. GONZALO. También quiero que te canten.
- CATALINÓN. ¿Qué vino beben acá?
- D. GONZALO. Pruébalo.
- CATALINÓN. Hiel y vinagre
es este vino.
- D. GONZALO. Este vino
exprimen nuestros lagares.
- (*Cantan.*) *Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.*
- CATALINÓN. ¡Malo es esto, vive Cristo!,
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.
- D. JUAN. Un yelo el pecho me parte.
- (*Cantan.*) *Mientras en el mundo viva,
no es justo que diga nadie,
«¡Qué largo me lo fiáis!»,
siendo tan breve el cobrarse.*
- CATALINÓN. ¿De qué es este guisadillo?
- D. GONZALO. De uñas.
- CATALINÓN. De uñas de sastre
será, si es guisado de uñas.
- D. JUAN. Ya he cenado; haz que levanten
la mesa.

Tirso de Molina

- D. GONZALO. Dame esa mano;
no temas, la mano dame.
- D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo temor?
¡Que me abraso! ¡No me abrases
con tu fuego!
- D. GONZALO. Éste es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
a manos de un muerto pagues;
y si pagas desta suerte,
.....
ésta es justicia de Dios:
«Quien tal hace, que tal pague.»
- D. JUAN. ¡Que me abraso! ¡No me aprietes!
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me canso en vano
de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vio mis engaños antes.
- D. GONZALO. No importa, que ya pusiste
tu intento.
- D. JUAN. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.
- D. GONZALO. No hay lugar; ya acuerdas tarde.
- D. JUAN. ¡Que me quemo! ¡Que me abraso!
¡Muerto soy! (*Cae muerto.*)
- CATALINÓN. No hay quien se escape;
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

D. GONZALO. Ésta es justicia de Dios:
«Quien tal hace, que tal pague.»

*Húndese el sepulcro con D. JUAN. y D. GONZALO, con
mucho ruido, y sale CATALINÓN arrastrando*

CATALINÓN. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
Toda la capilla se arde,
y con el muerto he quedado
para que le vele y guarde.
Arrastrando como pueda,
iré a avisar a su padre.
¡San Jorge, San Agnus Dei,
sacadme en paz a la calle! (*Vase.*)

Sale EL REY, D. DIEGO y ACOMPAÑAMIENTO

D. DIEGO. Ya el marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.

REY. Entre luego, y avisad
al conde, porque no aguarde.

Sale BATRICIO y GASENO

BATRICIO. ¿Dónde, señor, se permiten
desenvolturas tan grandes,
que tus criados afrenten
a los hombres miserables?

REY. ¿Qué dices?

BATRICIO. Don Juan Tenorio,
alevoso y detestable,
la noche del casamiento,

antes que le consumase,
a mi mujer me quitó;
testigos tengo delante.

Sale TISBEA, y ISABELA, y ACOMPAÑAMIENTO

TISBEA. Si vuestra alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace,
justicia, a Dios y a los hombres,
mientras viva, he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

REY. ¿Qué dices?

ISABELA. Dice verdades.

Sale AMINTA y EL DUQUE OCTAVIO

AMINTA. ¿Adónde mi esposo está?

REY. ¿Quién es?

AMINTA. Pues, ¿aún no lo sabe?
El señor don Juan Tenorio,
con quien vengo a desposarme,
porque me debe el honor,
y es noble y no ha de negarme.
Manda que nos desposemos.

.....

Sale EL MARQUÉS DE LA MOTA

El burlador de Sevilla y el convidado de piedra

MOTA. Pues es tiempo, gran señor,
que a luz verdades se saquen,
sabrás que don Juan Tenorio
la culpa que me imputaste
tuvo él, pues como amigo,
pudo el cruel engañarme;
de que tengo dos testigos.

REY. ¿Hay desvergüenza tan grande?
Prendelde y matalde luego.

.....

D. DIEGO. En premio de mis servicios
haz que le prendan y pague
sus culpas, porque del cielo
rayos contra mí no bajen,
si es mi hijo tan malo.

REY. ¡Esto mis privados hacen!

Sale CATALINÓN

CATALINÓN. Escuchad, oíd, señores,
el suceso más notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndome, matadme.
Don Juan, del Comendador
haciendo burla, una tarde,
después de haberle quitado
las dos prendas que más valen,
tirando al bulto de piedra
la barba por ultrajarle,
a cenar le convidó.
¡Nunca fuera a convidarle!
Fue el bulto, y convidóle;
y agora, porque no os canse,

